

EL ARCO

Núm. 442

Cartagena 5 Marzo 1926

Año XVIII

periódico católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUÍN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES 2,

Se reparte gratis

¡Bendita sea la ciencia!

He exclamado hace poco y, no estoy arrepentido de mi exclamación: ¡Bendita sea la Ciencia!

Porque la Ciencia, la Ciencia verdadera, sin soberbios, sin vanidades, sin pedanterías, humilde, modesta porque está convencida de que el radio de lo que ignora es infinitamente mayor que el radio de lo que conoce y lo que sabe, esa ciencia va hacia Dios tan naturalmente como los ríos a la mar.

Pero el campo de la incredulidad es también el del fetichismo, y uno de los fetiches de los «apritis forts» que no creen en la Ciencia. Por eso se acaban de escribir estas palabras: «Nada está por encima de la Ciencia, porque nada está por encima de la Verdad».

Luego la Ciencia es la Verdad; luego lo que dice la Ciencia o supone la Ciencia es la Verdad.

Pero es el caso que la Ciencia demuestra todo lo contrario. La verdad científica ha cambiado a través de los siglos: luego no era la verdad. Lo que la Ciencia bien orientada y bien intencionada ha hecho siempre es buscar la Verdad, para inclinarse ante ella y servirle. El Creador está por encima de la criatura. El reflejo no puede estar por encima del rayo de luz que lo produce. El eco es posterior al sonido. Por encima de todo, Dios. Él es la verdad, la Verdad que no cambia; es hoy lo que fue ayer y lo que será hasta la consumación de los siglos; y en la medida en que se acerca a Él se acerca a la Verdad o la luz. La Ciencia. Y todo lo que no sea eso es humo y vanidad, y dar pasos con la espalda vuelta a la luz.

THADERIN

¿Y después?

Una tarde recibió Mrs. Segur

la visita de un oficial. Iba a con-
társelo porque al siguiente día se
casaba; pero iba más por cumplir
una formalidad que por el deseo
de recibir el perdón de unas faltas
de las cuales no sentía gran arre-
pentimiento.

Mrs. Segur le recibió muy am-
ablemente y entre ambos se enta-
bló la siguiente conversación:

— Bien, mi buen amigo, ahora
sólo teniente. Y ¿después?

— Después, Monseñor, ascen-
dó a capitán.

— Sí... y ¿después?

— ¿Después?... Sin ninguna difi-
cultad llegaré a comandante.

— Muy bien. Y ¿después?

— Puedo muy bien llegar a co-
ronel.

— Perfectamente. Y ¿después?

— ¿Por qué no ha de poder abul-
gar la esperanza de ser general?

— Sí, efectivamente, podrá ser
general. ¿Y después?

— ¡Oh! Después tomaría el retiro
y descansaré junto a mi mujer y
a mis hijos porque ya sabéis que
mañana contraigo matrimonio.

— Sí... y ¿después?

— Después casaría a mis hijos y
aun obtendría un grado más. Pa-
saría de padre a abuelo.

— Y ¿después?

— ¡Quién sabe...! Puedo llegar a
bisabuelo.

— Sí, ¡quien sabe! Podéis llegar
a bisabuelo... Y ¿después?

— ¡Oh! ¡eso ya está muy lejito!
Después será preciso resignarse a
hacer como todo el mundo.

— Sí, tendréis que resignaros a
morir. Y ¿después?

— ¿Después?

— Sí, después vendrá vuestro
juicio.

— Sí, ya sé, y después del juicio
el cielo o el infierno.

— Y ¿después?

— ¿Pero es que hay un otro
después... después del cielo o del
infierno? ¿El cielo y el infierno no
será para siempre?

— Pues bien, mi buen amigo, yo

voy a pedir una cosa, prepara-
ción para vuestro nuevo estado.
Prometeme que durante un mes
todos los días a partir de mañana
vais a repetir lo que me habeis
dicho. «Hoy soy teniente, después
seré capitán... después comandante...
y así todos los después hasta
llegar al último».

— Os lo prometo y os aseguro
que lo haré muy gustoso.

— Por mi parte, os prometo ro-
gar por vos. ¡Adios! mejor dicho:
¡hasta luego!

El oficial cumplió fielmente su
promesa. Pero a los ocho días vol-
vió a casa de Mrs. Segur. — Mon-
señor, vengo nuevamente a confe-
sarme. He cumplido mi promesa.
El último DESPUÉS me he de tem-
blar. Yo no quiero jugar con mi
eternidad. Yo quiero ganar el cie-
lo y evitar el infierno. Yo quiero
vivir eternamente.

S. a e t a z o s

Día de París que en el resto-
rant cercano a la puerta de la ciu-
dad, se celebró una comida origi-
nal: Se reunieron sesenta comen-
sales, de los cuales, el más joven
tenía 16 años y no pesaba menos
de 110 kilos, mientras que el Pre-
sidente de la Sociedad, señor
Satty, llega a los 180 kilos.

Todos comieron con un apetito
devorador gran número de platos.

Cuando hubieron concluido, el
Presidente, que tiene cara de ado-
lescente, pronunció un discurso
breve.

— Nosotros no somos mártires
de la obesidad, como algunos pu-
diera creer. Tenemos una excelen-
te salud, eso es todo.

— ¿Está cara la vida? Pienso en
ello y creo que yo apoyaré vues-
tras reivindicaciones con todo mi
peso.

Un baile sucedió a las casole-
nes. Todos los «cien kilos» baila-

ron con la gracia en ellos carac-
terísticas.

Puede el baile continuar, pero
cuiden los fondistas, cuando se
trate de un banquete de esta ín-
dole ver a quienes han de servir,
pues individuos de ese peso son
capaces de arruinarlos, no solo
apurando la despensa sino tam-
bién haciendo tambiar el pavimen-
to y hasta el edificio entero.

La melena corta está siendo
objeto de una vigorosa ofensiva
en todos los países.

Una de las más importantes ca-
sas de costura de G. sagow ha co-
municado a su personal femenino
que al quiere conservar su pue-
to en la casa tiene que dejarse
cortar el pelo. Para cumplir esta
orden se las ha dado a aquellas
muchachas un plazo de un año,
pasado el cual, tendrán que pre-
sentar la dimisión si insisten en
llevar el pelo corto.

Todas han decidido dejárselo
cortar.

Tanto tiempo como hace que
se anda en lucha contra la estivi-
de, buscando sustancias que ha-
gan crecer el pelo, y ahora, de
pronto, aparece el procedimiento
verdaderamente eficaz.

Unas fricciones de perspectiva
de dimisión, sin envase ni nada,
y sale el pelo a escape.

Un Confesionario

en el Infierno

Si se pudiera un confesionario
a la puerta del infierno — decía el
Santo Cura de Ars — y se dijera a
los condenados: podéis confesa-
ros los que queráis salir del in-
fierno, ¿creéis que quedaría uno
solo sin acercarse a él? ¡Cuán
pronto quedaría vacío todo el in-
fierno! Pues lo que será imposi-
ble hacer para salir del infierno,
está en nuestra mano para evitar
caer en él. Lo que no podremos
hacer una vez muertos, podemos
y debemos hacerlo en vida.